

Pensar en voz alta

Beatriz Lucía Cano

Emma Rivas Mata y Edgar O. Gutiérrez L. (comps.), *Libros y exilio. Epistolario de José Fernando Ramírez con Joaquín García Icazbalceta y otros corresponsales, 1838-1870* (compilación, estudio introductorio, transcripción y notas de los editores), México, INAH (Fuentes), 2010, 379 pp.

La correspondencia tradicional, vía servicio postal, relegada en nuestros días, ha dejado de ser el conducto principal de comunicación: se le ve como un medio anacrónico frente a las nuevas y diversas formas de comunicación. En su libro *El género epistolar. Un homenaje a manera de carta abierta*, Carlos Monsiváis, muestra claramente cual era la función y la trascendencia de la epístola como género en los siglos XVIII y XIX. En alguna parte de su libro menciona: “una carta es [...] el sitio propicio para ‘pensar en voz alta’, convirtiendo *la voz* de la correspondencia en el ejercicio intelectual”. En la vida intelectual, los epistolarios cumplieron una función doble: son el registro más exacto

que se conoce del diálogo intelectual, y transforman al interlocutor en espejo de la posteridad. Los investigadores, tanto biógrafos como historiadores, encuentran en aquellos, datos, aportaciones y revelaciones, sobre la vida y obra de escritores o personajes históricos. Ésto es lo que Emma Rivas Mata y Edgar O. Gutiérrez intentan rescatar al compilar y publicar *Libros y exilio. Epistolario...*

Rivas y Gutiérrez advierten que la recopilación de las cartas sirve como pretexto para acercarse al estudio de dos de los bibliógrafos mexicanos más importantes del siglo XIX: José Fernando Ramírez y Joaquín García Icazbalceta. Los compiladores aseguran que la correspondencia revela la personalidad de estos personajes, así como el mundo intelectual en el que se movían, esto es, las primeras seis décadas del siglo XIX.

Por lo tanto, no debe sorprender que el texto ponga mayor atención en el estudio de las actividades intelectuales y políticas de José Fernando Ramírez, así como de algunos de sus interlocutores, y que el análisis de las cartas ocupe un

espacio menor. Circunstancia que, en cierta forma, resulta extraña pues se esperaría que el libro se hubiera centrado en el contenido de las misivas. No obstante, los antologadores hacen énfasis en algunos de los puntos que sobresalen en la correspondencia, tales como la estrecha comunicación que Ramírez y García Icazbalceta mantenían con respecto a diversos asuntos bibliográficos e históricos. Situación explicable porque existió una estrecha vinculación entre la historia y la bibliografía, en la segunda mitad del siglo XIX. Esto llevó a que algunos historiógrafos y bibliógrafos, como Ramírez y García Icazbalceta, se dieran a la tarea de coleccionar manuscritos e impresos, así como a reunir valiosas e importantes bibliotecas. Estos dos estudiosos no eran los únicos que mantenían la doble vertiente de historiadores y bibliógrafos, también hombres como Manuel Orozco y Berra, Alfredo Chavero, Francisco del Paso y Troncoso, José María Andrade y José María de Ágreda y Sánchez, se dieron a la tarea de acumular grandes bibliotecas y a difundir algunos de sus hallazgos

más significativos. Es importante advertir que Joaquín García Icazbalceta fue de los personajes decimonónicos que mantuvo una nutrida correspondencia con distintas figuras de la época, muchas de sus misivas se resguardan en diversos fondos documentales.

Existen varias compilaciones de las cartas de García Icazbalceta. Por ejemplo, Emma Rivas publicó en 2003 un libro en el que recuperó la correspondencia entre Joaquín García Icazbalceta y el español Manuel Remón Zarco del Valle, hasta este momento no se había reunido la que García Icazbalceta intercambió con José F. Ramírez: una relación amistosa así como bibliográfica, desde 1850 hasta un año antes de la muerte de Ramírez, en marzo de 1871. Aunque pertenecían a bandos políticos distintos, el nacionalismo y la influencia del romanticismo guiaron a estos dos hombres de letras a una búsqueda incesante por recuperar las fuentes de la historia patria, con la intención de difundirlas. Dedicaron mucho tiempo y dinero a la ardua labor de recopilar manuscritos y libros que dieran cuenta de la riqueza de la historia de México. Es importante destacar que tanto Ramírez como García Icazbalceta estaban convencidos de que las fuentes primarias debían quedarse en el país, así que también reunieron grandes bibliotecas que a la postre se convertirían en los repositorios de sus investigaciones. La pasión que los unía, historia y libros, complementó las actividades de cada uno: Ramírez se daría a la tarea de rescatar, recopilar y reinterpretar las antigüedades mexicanas, en tanto que García Icazbalceta

buscó registrar, anotar y editar las fuentes primarias que eran necesarias para el estudio de los primeros años de la dominación española. Nuestros autores afirman que fue Ramírez quien impulsó a García Icazbalceta a dedicarse a la recopilación y edición de fuentes, además de que lo motivó a profundizar en los estudios, le ofreció consejos, le marcó las pautas a seguir y le ofreció su ayuda y amistad.

Aquellos dos historiadores, bajo el influjo del espíritu nacionalista del XIX, mostraron un gran compromiso intelectual tendente a contribuir a la construcción de una historia nacional. Uno de los aspectos más destacables de la relación que mantuvieron Ramírez y García Icazbalceta es el relativo a la manera de trabajar con los documentos antiguos. Ramírez estaba convencido de que la calidad debía imperar sobre la cantidad; la precisión y la fidelidad debían prevalecer en la labor de recuperación, motivo por el que era necesario tener los impresos y documentos para examinarlos, traducirlos, interpretarlos, estudiarlos, intercambiar opiniones y publicarlos. El amor que José Fernando Ramírez tenía por los libros lo llevó a reunir una vasta colección cuando todavía residía en su natal Durango. Ante el temor de que su biblioteca se perdiera, Ramírez concibió la idea de que el gobierno central la comprara, junto con la casa en la que se albergaba, con la intención de que se convirtiera en el fondo de origen de una Biblioteca Nacional.

Su petición tenía como trasfondo dos hechos: reunir los documentos e impresos que eran

fundamentales para emprender el estudio de la historia antigua mexicana, clasificar y actualizar un acervo con lo más notable de la producción bibliográfica nacional y extranjera. Don José Ramírez no exageraba, para 1851 se calcula que contaba con 7 477 libros. La propuesta de Ramírez no encontraría respuesta de las autoridades federales, tanto que el gobierno de Durango decidió adquirirla en 1851 con la intención de evitar su dispersión. Asimismo, con ello se buscaba formar un fondo de instrucción que, como bien lo admitían las autoridades estatales, no podrían obtener de otra forma. La administración duranguense cumpliría su palabra, pues en 1853 inauguraron la Biblioteca Pública de Durango cuyo fondo de origen eran los libros que le fueron comprados a Ramírez. Es preciso mencionar que don Fernando se deshizo de su biblioteca y debido a que en agosto de 1851 fue nombrado secretario de Relaciones Exteriores por el presidente Mariano Arista, cargo que no desempeñaría por mucho tiempo, pues el mandatario fue destituido tras el levantamiento de Antonio López de Santa Anna, quien determinó que Ramírez fuera confinado, tal como sucedió con otros personajes que salieron de la capital en “viaje de orden suprema”, a la hacienda de la Noria en Guanajuato. Es así como, en 1854 solicitó al ministro de Gobernación que se le permitiera salir del país, petición que fue aceptada y salió de la república a finales de marzo de 1855.

Casi de un año fue la estancia de Ramírez en el continente europeo, misma que le permitió conti-

nuar con sus investigaciones sobre los objetos que existían en el Museo Nacional y aumentar la colección; también logró recabar la información necesaria para concluir los trabajos arqueológicos que tenía preparados. En términos generales, el destierro le permitió a Ramírez visitar las bibliotecas y archivos más importantes de Europa, dedicarse a sus estudios, aumentar su colección bibliográfica y proseguir con la recuperación de los manuscritos y monumentos mexicanos. En este periodo no se interrumpió el diálogo epistolar entre Ramírez y García Icazbalceta, quienes intercambiaron información, libros y manuscritos; discutían y aclaraban puntos relativos a las fuentes primarias de la historia mexicana. Además de hacerse consultas y enviarse sus trabajos editoriales para que emitieran su opinión. En esta etapa, Ramírez realizó algunos de sus principales hallazgos, por ejemplo, en Madrid encontró “un tomo original de la Historia de Sahagún”, también pudo consultar algunos papeles relativos a Hernán Cortés que le eran desconocidos. En París, logró hacer la copia de la *Gramática mexicana* de Olmos y en Alemania realizó las adiciones a la Biblioteca de Beristáin. Tras la caída de Santa Anna, Ramírez regresó al país y en 1857 cumpliría su sueño de convertirse en director de la Biblioteca Nacional, puesto que desempeñaría hasta 1863. Durante el Imperio de Maximiliano, don Fernando ocuparía la cartera de Negocios Extranjeros, interinamente la subsecretaría de Justicia e Instrucción Pública y después sería nombrado presidente del Minis-

terio de Estado, este último cargo tenía un carácter más ceremonial. Anticipándose a la caída del Imperio, Ramírez decidió salir del país el 15 de enero de 1867. Se llevó consigo parte de su biblioteca, en específico la que se ocupaba de la historia antigua de México.

La muerte sorprendió a Ramírez en el exilio y con ello, se cumpliría uno de los peores escenarios que el bibliógrafo había temido: la dispersión de su biblioteca itinerante, aunque Joaquín García Icazbalceta y José María Andrade trataron de evitarlo. Joaquín García Icazbalceta ofreció una suma importante a los herederos de Ramírez, sin embargo, éstos prefirieron desechar la oferta y aceptar la de Alfredo Chavero que era de menor valía. Chavero, a su vez, la vendería a Manuel Fernández del Castillo, quien decidió llevársela a Europa y venderla en Londres en 1880. Los compradores adquirieron los libros en 32 074 pesos. Con este acto, a decir de los investigadores, se produciría “una de las pérdidas bibliográficas más lamentables” de la historia de México, palabras que se justifican en el entendido de que bibliotecas particulares, como la de Ramírez o de García Icazbalceta, se formaron con los libros que provenían de las bibliotecas conventuales, motivo por el que no debe sorprender que alcanzaran precios altos en el mercado europeo y estadounidense. El acervo de Ramírez se quedó en Europa y la de García Icazbalceta sería vendida por sus herederos a la universidad de Texas. Este tipo de testimonios revela que la picota de la Reforma no sólo contribuyó a destruir a las viejas instituciones coloniales, sino que, en

un mal entendido afán de cambio, acabaron con tesoros artísticos, arquitectónicos y documentales. A pesar de todos los estudios que se hagan, nunca se sabrá con certeza cuántos libros desaparecieron en la vorágine reformista que no logró entender la riqueza que existía en las bibliotecas conventuales y en las iglesias.

La parte sustancial del libro esta conformada por las 49 cartas que Ramírez envió y recibió. Los antologadores las dividieron en dos partes: la primera incluye 31 misivas fechadas entre 1838 y 1870, mientras que el segundo grupo se ocupa de las cartas anteriores a la muerte de Ramírez. Entre los interlocutores se encuentran personajes como Carlos María de Bustamante, José María Andrade, Isidro Rafael Gondra, Joaquín García Icazbalceta, Francisco Serafio Mora, Andrés Oseguera y Francisco Facio. La correspondencia en general tiene un hilo conductor: la bibliografía de la historia de México, la cual se construye con los títulos de impresos, manuscritos, comentarios sobre códices e investigaciones de los primeros historiadores y bibliógrafos, noticias de bibliotecas y archivos, catálogos de librerías, etcétera. Por todo lo mencionado anteriormente, no me queda la menor duda de que la excelente compilación de documentos realizada por Emma Rivas y Edgar Gutiérrez, constituirá una importante fuente de información para conocer aspectos esenciales de la vida de los personajes que utilizaban este medio de comunicación, sino que también ayudará a delinear la manera en la que se percibía el trabajo histórico y bibliográfico en la segunda mitad del siglo XIX.